



DEPORTES

NATACIÓN

(Ni sirenas
Ni tritones.)

*En alto, los trampolines.
Y el agua, bañándose en la piscina
blanca
—un baño de transparencias—.*

*En las graderías;
espectación, rumores.
Y el portavoz olímpico
disparando palabras:*

**“¡SALTO DE PIE A LA LUNA
CON IMPULSO!”**

*Formas ágiles vuelan
perfilándose en el azul espacioso.*

*Emoción ahogada en
voces, voces; voces.*

*La multitud,
—jerseys policromados—.
Y el músculo,
en contracciones deportivas.*

*Ritmo; ritmo de
brazos y hélices.*

*Ya,
el vencedor, los vencedores
—laureles sin laureles—.*

*Y los corazones anónimos
tirando jabalinas? a la tarde excelsa.*

CONCHA MENDEZ CUESTA.

Pero está el “Median” todavía fuera de su campo y parece inmóvil, igual que un tren detenido ante la selva que arde. Pronto irán sus fanales a aumentar la radiante floresta. Vira muy pausado el barco y escora suavemente para avanzar de nuevo. Sobre la quietud sombría del agua honda cabecea el túmulo de la obra muerta y deriva con enorme silencio de nube. Entre soplos de brisa, nueve mil toneladas. Como ha bebido ron el capitán, está alegre (está alegre); en la penumbra de la cámara es un niño salvaje que descubre los ojos azules, es un poeta que ve las cosas, desde el halo tibio de su embriaguez, esplendiendo en un juego pueril de despropósitos. Porque son infantiles, ahora saben mirar lo inmediato las pupilas cándidas. Y el hosco bárbaro está alegre. Juega con las uñas sobre el tamborín del banjo, y canta a media voz un aire ñáñigo de plantation melody, aprendido en Tampa. Entran fulgores por la escotilla, que es la boca de un horno en la noche, con resplandor de candelada. El “Median” está dentro del puerto ya y pasa los canales bajo arcos de fuego. Se oyen gemir goznes siniestros, voces extrañas y ecos tenebrosos, hay un rumor de fuentes. Desde los hogares del navío sube el oscuro gigante. Y pasan años y el capitán ha envejecido. Cuelga un eléctrico haz sobre el puente, que oscila con leve bamboleo. Pero no: está firme, anclado en arena enjuta. Es que mueve su corona de lámparas un hálito de muchedumbres. El oscuro gigante se yergue, fogonero, en un ring de Nueva York, en el puente blanco, a sus pies hay fragante resina de árboles. Hace con las ramas de sus bra-

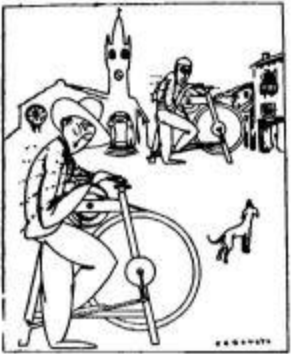
CAPRICHOS

por Ramón Gómez de la Serna

Los dos afladores.

La casualidad o un enredo ultraspectral de sus caramillos llevaba a los dos afladores a la misma calle siempre.

Los refluatantes de los dos afladuchillos ponían tristes los parajes por donde pasaban, porque suenan en ellos los huesos destuetanizados de la mano de la muerte, en triste elegía que viene de más allá de los siglos. No hay nada que más triste y desasosegado ponga a los pájaros que el sonar de ese caramillo que viene de los valles de las montañas cárdenas. Al oírlo, pian en llamada de alguien que los proteja, y se quejan como si les doliesen las entrañas.



Dos vientos tristes desencadenados y dos lluvias flabeliformes de melancolía, desencadenaban los dos afladores al entrar por los dos lados de la misma calle.

Las púas de la peineta sentimental de su música, se cruzaban como en oración de la tarde, como en desafío de sus uñas.

Los que tenían que dar algo a afilar se lo daban al que les tocaba más próximo, y los dos afladores se ponían a dar a sus ruedas de molino, sacando cuantas chispas podían de la bengala del acero.

Fria lumbre de odio chisporroteaba en los dos molinos del afileo, como si las máquinas busfases de ira.

¿Podía eso continuar?

Una tarde, cada uno frente a una carnicería, tardaron mucho en afilar el largo cuchillo de abrir las grandes piezas, dedicados al esmero de los filos, como bordando la afiliación, pero al final, en brusco disparo, se lanzaron el uno al otro y los dos se mataron como en doble suicidio de la competencia.

El sastre leonardesco.

Vive en Londres, y en la portada de su tienda no está indicada su profesión por ninguna señal.



No se ha anunciado jamás, y a un periodista que habló de él encomiástica y desinteresadamente le llevó a los Tribunales por "propalador".

No tiene tarjetas y ha elegido la calle cuyo nombre han borrado las pedradas de los chicos, estando pintado su hotel con el color de lo invisible.

Todas esas disimulaciones necesita el sastre de los únicos, el sastre cuyo nombre deben saber muy pocos para que no sean imitadas las hechuras.

Los dientes de ese sastre tienen el santo y seña que ha de oír la doncella, como última precaución, de los verdaderamente elegantes.

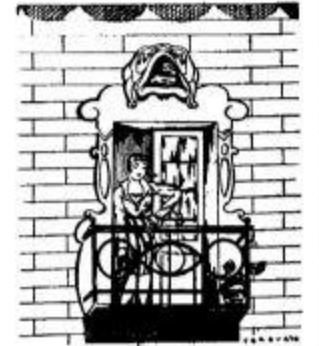
Por fin el sastre sin muestra ni seña no adquiere telas estampadas, sino puros paños, que él pinta con su paleta de gran sastre, evitando así que, si no la heclura, ser imitado el tipo de una espiga, de una raya o de un cuadrado.

La triste asomada.

Nadie podía saber por qué aquel gesto siempre displicente y triston de aquella muchacha; sus mismos padres ignoraban el porqué de tan permanente dramatismo.

Si se pudiese creer en la influencia de una mala estrella, sobre su cabeza se cernía, sin duda, el maligno destello. Se la hizo el reconocimiento de las miradas, reacción trágica de los pensamientos, la observación de la sangre, el estudio de los jugos gástricos, las experiencias con el líquido cefalorraquídeo, la microscopación de sus espantos, el reconocimiento psicopático de sus impacencias y suspiros—¡pobres suspiros entre dos cristallitos!—, pero todo dió solución negativa.

El detective de los invisibles e imprecisos síntomas la observó desde lejos, en aquellas largas tenidas con que permanecía asomada al balcón, como muchacha echada de la habitación porque el padre tiene muy mal genio o hay una madrastra de por medio.



Y el detective de los invisibles e imprecisos síntomas vió que en el adorno de sobre el balcón había una carátula capaz de enturbiar un espíritu, el espíritu macabro y perturbador de aquel alma.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA. (Ilustraciones de Cañavate.)

LIBRERÍA ESPAÑOLA EN PARÍS León Sánchez Cuesta 10, Rue Gay Lussac Admite encargos de libros de todos los países e impresiones de todo género.

EL 7.º ARTE

Próximamente "La Gaceta Literaria" abrirá una amplia sección de CINEMA

Encuestas. Colaboraciones de la joven literatura europea y americana. Nuevas teorías. Traductores, stars, ilustraciones.

DE PORTES

NATACIÓN

(Ni sirenas Ni tritones.)

En alto, los trampolines. Y el agua, bañándose en la piscina blanca —un baño de transparencias—.

En las graderías, expectación, rumores. Y el portavoz olímpico disparando palabras:

¡SALTO DE PIE A LA LUNA CON IMPULSO!

Formas ágiles vuelan perfilándose en el azul espacioso.

Emoción ahogada en voces, voces, voces.

La multitud, —jerseys policromados—.

Y el músculo, en contracciones deportivas.

Ritmo; ritmo de brazos y hielos.

Ya, el vencedor, los vencedores —laureles sin laureles—.

Y los corazones anónimos tirando ¡jabalinas! a la tarde excelsa.

CONCHA MENDEZ CUESTA.

HARRY WILLS

El práctico subió a bordo para meter el barco en el Mississipi. Era un steamer inglés. Remontar este río es echarse en unos brazos tremendos. No mece el agua como la del mar: es quieta, potente, honda; y al elevar el hierro de los navios, parece que, en vez de fluir, surge. Bajo la superficie del turbio estero comercial francosajón (que fué de España) hinche su músculo el continente; mana, remoto y virgen, sombra de nubes, cristal de lagos y frescor de bosques. El gran Interior frío y templado, llega, amenazante, con sus anchos aluviones lentos, a la Luisiana subtropical. El steamer inglés paró las máquinas y esperó. Entonces vino la noche, como siempre en aquellas zonas, apresurada, sorprendiendo. Y a proa, de repente, se llenó el horizonte de estrellas: ¡Nueva Orleans! Un judeo sobre el agua y unas lucecitas suaves. Son los remolcadores que ya están ahí. Andanadas de gritos en la resonancia de los portavoces y avance. All right! Desde que los cables se estiran, goteando sobre el río, queda trabado el buque al ingenio fabuloso del puerto, cogido por su red. En el Sur de los Estados Unidos. Un irlandés rojo, el capitán. Veterano del Spanish main. Sabía que una escala, en el centro mercante de la Luisiana negra, suponía para él oro y descanso. Quedaba el barco en manos ajenas, responsables; amarrado a la organización de los docks por los cabos del remoique. Saltaría en el primer ataque y a hundirse en la ciudad. Después, cuando llegase el momento de volver a bordo, preguntaría por teléfono a los consignatarios dónde estaba el "Median" All right! Olló la tierra como un buitre, el irlandés rojo. Gritó algo desde el puente y se deslizo por los pedaños. Se encovó en la cámara, sacó el banjo y la tafia de Kingston y empezó a embriagarse dulcemente. Media noche, y las luces que eran un cielo remoto alumbran cercanas.

Pero está el "Median" todavía fuera de su campo y parece inmóvil, igual que un tren detenido ante la selva que arde. Pronto irán sus fanales a aumentar la radiante floresta. Vira muy pausado el barco y escora suavemente para avanzar de nuevo. Sobre la quietud sombría del agua honda cabececa el tímulo de la obra muerta y deriva con enorme silencio de nube. Entre soplos de brisa, nueve mil toneladas. Como ha bebido ron el capitán, está alegre (está alegre); en la penumbra de la cámara es un niño salvaje que descubre los ojos azules, es un poeta que ve las cosas, desde el halo tibio de su embriaguez, esplendiendo en un juego pueril de despropósitos. Porque son infantiles, ahora saben mirar lo inmediato las pupilas cándidas. Y el hosco bárbaro está alegre. Juega con las uñas sobre el tamborin del banjo, y canta a media voz un aire báñigo de plantation melody, aprendido en Tampa. Entran fulgores por la escotilla, que es la boca de un horno en la noche, con resplandor de candelada. El "Median" está dentro del puerto ya y pasa los canales bajo arcus de fuego. Se oyen gemir gornes siniestros, voces extrañas y ecos tenebrosos, hay un rumor de fuentes. Desde los hogares del navio sube el obscuro gigante. Y pasan años y el capitán ha envejecido. Cuelga un eléctrico haz sobre el puente, que oscila con leve bamboleo. Pero no: está firme, anclado en arena enjuta. Es que mueve su corona de lámparas un hábito de muchedumbres. El obscuro gigante se yergue, fogueo, en un ring de Nueva York, en el puente blanco, a sus pies hay fragante resina de árboles. Hace con las ramas de sus brazos el saludo titánico y exhibe, mendicante, los horribles mañones de cuero. Destudo y solo está allí. Ventea en la sombra desde la luz exorbitada del pedium, claro de bosque.

KAMON DE LA SERNA.

LA LIBRERIA BELTRAN PRINCIPE, 16 MADRID, envía a provincias todos los libros nuevos.

AGENCIA MUNDIAL de LIBRERÍA. FRANCISCO CONTRERAS. El pueblo maravilloso. Novela americana. Precio: 5 pesetas. G. RAMAËKERS. LE GRAND CARDINAL BELGE. D. J. MERCIER 1881-1926. Préface de R. P. Martial Lekeux. Francs 15. 14. RUE des SAINTS-PÈRES.

POEMAS EN MAPA

PORTUGAL CATALUÑA

PUNICA. O grito rubro do rubi. E não azul na sensação docente. Que a vez primeira que o beije senti. A alma tornar-se transparente... E como as águas se filtram pela rocha. Nos dedos do cérebro filtros. A fantasia que dos beijos desabrocha. Como um pendão de vice-rei. Meu capacete punico perdi-o. Na saudade cartaginêsa do deserto! Oh! meu amor, eu quero-te mais perto. Porque o meu coração merre de frio... W. C. Llum meta del lavatori. (¡Preferireu l'estable!) Aquesta aigua és agradable enc que cap peix no s'hi esflori. La gerdor blanca ens emmena a la fisiologia qui es deshumanitzaria política d'higiene. SEBASTIA SANCHEZ-JUAN. Nuestro Secretario, Guillermo de Torre, ha llegado a Buenos Aires en medio de una excelente expectación intelectual. Se le ha hecho un recibimiento cariñoso y admirable. En el muelle le esperaban, entre otros amigos, Jorge Luis Borges, Malloa y Ferraría. Ya al pasar por Montevideo las pruebas de simpatía y de interés se habían exteriorizado profusamente. Entrevistas y fotografías para diarios y revistas flovieron sobre Torre. "Aquí la Prensa—dice—es más generosa que la de España para el escritor. El escritor, si viene de fuera, es tan sujeto periodístico como un político, un deportista." La impresión que la contienda del Meridiano ha producido en Buenos Aires, lejos de ser ingrata, ha sido, según parece, eficaz y potente de la curiosidad. Guillermo de Torre nos da agradables noticias del éxito de LA GACETA LITERARIA en Buenos Aires, repartida en manos de muchos lectores. Ya le han ofrecido dos banquetes. Entre ellos, una comita íntima, Victoria Ocampo. Premio tendremos el gusto de ofrecer la colaboración interesantísima de Guillermo de Torre desde tierra argentina. ACONTECIMIENTO EDITORIAL. Una geografía universal. La Editorial Montaner y Simón, de Barcelona, se aconsona la edición española de la monumental "Geografía Universal" que está publicando en París Max Leclerc, dirigida en un principio por Vidal Labèque, y hoy por Galois. Y refutada como la mejor geografía universal existente. Los tomos dedicados a España e Hispanoamérica serán escritos por especialistas españoles e hispanoamericanos.

Gerardo Diego, empresario de poesía. Cada maestrillo, su librillo. Cada poeta, su revista. Cada catedrático, su cátedra. Jorge Guillén, en Murcia. Lorca, a punto de tenerla en Granada. Ahora, Gerardo Diego, en Santander. Se llamará su revista de seis números CARMEN. Y por sobreentendimiento, Revista chica de Poesía española. Transcribimos la noticia rosa que nos manda su empresario: "La colección de CARMEN aspira a ser un documento de una época. Será, a la vez, una antología representativa de nuestra poesía militante, y una pantalla en que se proyectarán los problemas y sucesos que apasionan ahora a los amigos del verso español."

AGENCIA MUNDIAL de LIBRERÍA. FRANCISCO CONTRERAS. El pueblo maravilloso. Novela americana. Precio: 5 pesetas. G. RAMAËKERS. LE GRAND CARDINAL BELGE. D. J. MERCIER 1881-1926. Préface de R. P. Martial Lekeux. Francs 15. 14. RUE des SAINTS-PÈRES.

LA NUEVA LITERATURA INGLESA

JAMES JOYCE

En una calurosa tarde de verano—Julio de 1920—sorprendimos el encuentro de una tan encantadora como desconocida familia en una casa de campo de Sligo. Un joven precioso y una muchacha muy linda en el jardín, y tras ellos avanzaba la madre, tocada de un sombrero curruqué. Y detrás, todavía, silencio, y ajeno al bochorno y a la prisa, el señor Joyce, ese extraño—sabes—que yo encontré una vez en la estación de Zurich un día que llegaba copiosamente y llevaba el cuello del gabán subido, y que escapó asorado a nuestras pocas palabras.

¿Escribió? Sí: un irlandés, si mal no recuerdo. Que llevaba en la cabeza un trapo untado de su Exilios, arrojado al alemán, para dárlo a un editor.

Y que sacó del bolsillo un tomito de versos melindrosos "Chambre Music", alumbrados como un céfiro auroral. James Joyce había esperado en la alta de las montañas escirianas—como tantas otras escrituras—el fin de la inundación temprana del continente. Pero sin mezclarse para nada entre los literatos, artistas y apóstoles de la paz que pululaban por allí, ¡liviendo como un profesor particular de idiomas. Hoy ya se puede decir: ninguna de aquellas gentes, que se pasaron entonces la vida vociferando en pro y en contra de la Paz, hicieron tanto como esta dos solitarios, silenciosos y descomulgados, que vivieron en dos distintos y apartados barrios de la ciudad, extraños el uno al otro, ignorándose: Lenox, en su habitación de casa de huéspedes, y Joyce, con su mujer y sus hijos, en el inhóspito y burgués departamento que, como retorno, aceptó de la Universidad.

¿Fue esa la primera vez que los dos nombres se encontraron entrelazados por el azar. ¿Quién sabe si el porvenir no reserva la personalidad en tal unión? Pues de hecho: Joyce, durante la misma época, realizó igual revolución dentro de la poesía que Lenox en el mundo político. Pues se sabe que Joyce trabajaba entonces en su "Ulysses", esa obra que algún día la Humanidad encuentre quizá superior a la Gran Guerra.

Pero esto, excepto él, nadie lo sabía. Joyce daba la impresión de un amargado y resignado profesor de idiomas, oficio al que se dedicaba desde su matrimonio. Cuando salió de Dublín y marchó a Trieste, antes había estudiado

de Medicina en París. Durante algún tiempo tuvo la pretensión de hacerse tenor de ópera. Pero sus lamentables y rojizas barbituladas de chivo le desconcertaron. También yo quedé desconcertado cuando le oí rezar por vez primera. Molesto y complacido a la par: la verdadera risa de un feno tras un calvario. En sus ojos azules: el rayo que nos sacudió, nos dormió.

Este Bloom tiene una mujer, Marion, cantante, nacida en Gibraltar, que le empuja entre raciones, sin que él se lamenta ni deje de amarla. Y luego, como contrapunto, aparece Stephen Dúdales, representante de la cultura cristiana occidental, áptica criatura en el crítico culmen de nuestra época dictatorial de concepciones.

Toda la Humanidad se hace aquí Persona. Bloom es el Hombre genérico. Así como Marion es la Mujer, y Stephen Dúdales es la Juventud atormentada y pensativa. Stephen, en el libro de "Ulysses", es el milano del "A portrait of the artist as a young man" (1) y, desde luego, reflejo directo del propio autor.

Stephen es Telemaco, que ya en busca de un Padre, creyéndose descubrir durante unas horas en la vieja y sabia figura de Bloom Odiseo. Marion es Penélope, que teje y desteje su tarea, sacrificada sin esperanza al Antino Boylan.

Una risa homérica remeca a través de todo el libro. El Fauno, sarcásticamente, re.

IVAN GOLL.

Damos a continuación unos fragmentos del "Ulysses", traducción primera en España, según creemos, de este espléndido libro:

Mr. Leopold Bloom tenía la fruición de alimentarse con los órganos internos de los mamíferos y los pájaros. Le gustaban las espesas sopas de menudillos, las mollejas con sabor de avellana, el coquezo asado y relleno, lonchas de bigadillo fritas y empanadas, huevas de bacalao bien tostadas. Pero, sobre todo, le entusiasmaban los rifeños de cordero a la parilla, que perfumaban sus papilas gustativas con un tuflido apenas matizado de orina. Pensaba en los rifeños mientras sigilosamente cocinaba, preparándola a ella el desayuno sobre un plato desventajado. En la cocina, un aire frío, una claridad fría; pero fuera, una

(1) Traducido al español en Biblioteca Nueva por D. Domingo Alonso con el título "El artista adolescente".

Bloom, pero que adquiere la grandiosidad inmensa de un rey griego, a pesar de ser judío irlandés y de vestir los mismos sentimientos y frases que el resto de las gentes de Dublín, en ese memorable día, desde la madrugada del jueves 16 de Junio de 1904, en que comienza su historia, hasta las diez y nueve horas posteriores, en que termina de hablar, accionar y pensar, comer y dormir.

Este Bloom tiene una mujer, Marion, cantante, nacida en Gibraltar, que le empuja entre raciones, sin que él se lamenta ni deje de amarla. Y luego, como contrapunto, aparece Stephen Dúdales, representante de la cultura cristiana occidental, áptica criatura en el crítico culmen de nuestra época dictatorial de concepciones.

Toda la Humanidad se hace aquí Persona. Bloom es el Hombre genérico. Así como Marion es la Mujer, y Stephen Dúdales es la Juventud atormentada y pensativa. Stephen, en el libro de "Ulysses", es el milano del "A portrait of the artist as a young man" (1) y, desde luego, reflejo directo del propio autor.

Stephen es Telemaco, que ya en busca de un Padre, creyéndose descubrir durante unas horas en la vieja y sabia figura de Bloom Odiseo. Marion es Penélope, que teje y desteje su tarea, sacrificada sin esperanza al Antino Boylan.

Una risa homérica remeca a través de todo el libro. El Fauno, sarcásticamente, re.

IVAN GOLL.

Damos a continuación unos fragmentos del "Ulysses", traducción primera en España, según creemos, de este espléndido libro:

Mr. Leopold Bloom tenía la fruición de alimentarse con los órganos internos de los mamíferos y los pájaros. Le gustaban las espesas sopas de menudillos, las mollejas con sabor de avellana, el coquezo asado y relleno, lonchas de bigadillo fritas y empanadas, huevas de bacalao bien tostadas. Pero, sobre todo, le entusiasmaban los rifeños de cordero a la parilla, que perfumaban sus papilas gustativas con un tuflido apenas matizado de orina. Pensaba en los rifeños mientras sigilosamente cocinaba, preparándola a ella el desayuno sobre un plato desventajado. En la cocina, un aire frío, una claridad fría; pero fuera, una

(1) Traducido al español en Biblioteca Nueva por D. Domingo Alonso con el título "El artista adolescente".

hermosa mañana de verano. Y él comenazaba a sentir el estómago vacío. Los carbonos eran ya acuados. Otra rebanada de pan con manteca; tres, cuatro; bueno. A ella no le gustaba que su plato estuviese colmado. Bueno. Dejó la bandeja, cogió la olla por un borde de la hornilla y la colocó a un lado.

El gato ronroneaba en torno a la pata de la mesa tiesa, la cola en alto. —¡Mierño! —Ah, está ahí!—dijo Mr. Bloom volviendo de la lumbre. El gato respondió con un mayido e hizo un nuevo contorno alrededor de la pata de la mesa, siempre rígido y quejoso. La misma desangra que sobre mi mesa de escribir.

—Pre. Araña mi cabeza. Pr. Mr. Bloom observaba, curioso y bonachón, la esbelta silueta negra. Tan nitida: el lustre de su liso fierro, el botón blanco bajo la cola, el fósforo de las papilas verdes. Las manos en las rodillas, se inclinó hacia él. —¿Leche para el minino? —¡Mierño!—hizo el gato. —Se pretende que no son inteligentes. Nos comprenden mejor que nosotros a ellos. Comprenden todo cuanto concierne a sus necesidades. Y la memoria de las ofensas. Me pregunto cómo le aparezco. ¿Grande como una torre? No; me salta al hombro. —Tiene miedo de los pollos—dijo burlonamente—, tiene miedo de los pajarillos de los pollos! ¡No he visto nunca un gato tan estúpido como éste!

—Crucel. Está en su naturaleza. Es curioso que los ratones no floren. Tienen el aire dé gustarles los ayas. —¡Mierño!—gruñó el gato más fuerte. Sus ojos parpadeaban de ansia y de vergüenza, y sin dejar su mayido lamentable, enseñaba sus dientes, color de leche. Mr. Bloom observaba las sombrías ropillas que el deseo contraria hasta reducir las a dos verdes gemas. Entonces se dirigió a la alacena y tomó el jarro, que acababa de llenar el lechero de Hamilton, vertió un poco de leche tibia y espumosa en una taza y la puso levemente en el suelo. —¡Gurrle!—hizo el gato, precipitándose para lamerla.

El miraba los bigotes hacer como alambres en la luz atumada, mientras el gato se daba tres chapuzetes, lanzando con ligeros larguetados.

—¿Es cierto que cortados los bigotes no comen más ratones? ¿Por qué? ¿Qué porque heillan las puntas en la obscuridad? O quizá por ser especies de antenas en la obscuridad. Se excusaba recomponer Huevos y jamón, Mr. Nida de Inocens para la sogañada. Urgencia de agua fresca. Jueves: tampoco un buen

día para un rifeño de cordero de casa de Buckleg. Frito con mautea, con una pulgarada de pimienta. Mejor un rifeño de cerdo de casa D'Agac. Mientras hierve el agua. El gato la mira más despacio; después limpia la taza. ¿Por qué tienen lenguas tan ásperas? Para lamer mejor, apamilladas como escofinas. ¿Nada que pueda destrozarse? Miró en torno así. No. Cruzando discretamente sus zapatos, subió la escalera hasta el gabinete y se detuvo ante la puerta de la alcoba.

Atravesó y tomó la acera del sol, evitando el agujero de la cueva del número setenta y cinco. El sol se acercaba al campanario de la iglesia de San Jorge. Me parece que va a hacer calor. Y, sobre todo, de luto se siente más. Lo negro reñía (¿refecta?) el calor. Pero yo no podía salir con un termo claro. No se trataba de un pisolabis. Por momentos, sus ojos se cerraban de beatitud en esta tibieza excelente. El coche de Bolland, que viene a darnos el pan de cada día en sus bandejas, perla cala perfiere el pan de la víspera a los croissants tiernos y a los vienas calcostinos. Esto hace sentir el ayuno. Algún sitio de Oriente: el alba; partir a la madrugada, caminar delante del sol, robarle un día. Y siempre así, teóricamente, no ser nunca más viejo de un día.

Seguir una carretera, un país desconocido; esperar a la puerta de una ciudad, donde saliera un centinela, un veterano, con grandes mostachos a lo Tweedy, apoyado sobre una larga especie de pica. Ruar por las calles ensombreadas de todos. Fuera, pasado, envueltas en turbanes. Zapuzones sombríos donde vienen tapices un bécules, Turco el tremendo, sentado con las piernas cruzadas, fumando una pipa serpentina. Geitos de vendedores en las calles. Agua perfumada con limojo. Errar a la ventura todo el día. Encontrar quizá uno o dos ladrones. Bueno, ¡vaya por ese encuentro! He ahí el crepúsculo que se acerca. La sombra de los pilares de las mecatas. Inan con su pergamino enrollado.

Un estremecimiento en los árboles, señal del viento del atardecer. Continúa. Cielo de oro alba. Madre al acecho en su puerta. Llamo a sus chicos en idioma obscuro. Muro alto: detrás, voces gangosas. Noche, cielo, luna, un morado volar de las ligas mareas de Molly. Instrumentos de cuerda. Escuchamos. Una muchacha tocando estos instrumentos, que se llaman como en otrora timpanos. Continúa.

Un estremecimiento en los árboles, señal del viento del atardecer. Continúa. Cielo de oro alba. Madre al acecho en su puerta. Llamo a sus chicos en idioma obscuro. Muro alto: detrás, voces gangosas. Noche, cielo, luna, un morado volar de las ligas mareas de Molly. Instrumentos de cuerda. Escuchamos. Una muchacha tocando estos instrumentos, que se llaman como en otrora timpanos. Continúa.

Cabeza calva, por encima de la cortina. Un viejo camastor. Inútil hacerle ningún reclamo. Sabe mejor que nadie la marcha de su

negocio. Hele ahí, mi gran Larry O'Rourke, en mangas de camisa, recostado en el saco del azúcar y sin quitar ojo a su dependiente, embandilado, con su cubo de agua. Simón Dedalus le imita a la perfección, guiñando los ojos. ¿Sabe lo que voy a decirle? ¡Qué hay, mister O'Rourke! Pues bien. Los rusos serán el desayuno de los japoneses.

Detenerme, decir dos palabras sobre el estierro, por ejemplo. ¡Qué lástima ese pobre Diannam, Mr. O'Rourke! Volviéndose hacia Dorset Street, lanzó a través de la puerta un saludo: —Buenos días, Mr. O'Rourke. —Buenos días, amigo! —¿Ya lo creo!

—¿Cómo hacen su agafio? Se les ve llegar de su cubitral judaico, seminaristas pelirrojos, fregando recipientes vacíos, en tanto el patrón está en la cueva. Y en seguida, ¡paf!, helos florecientes como Adam Tindlaters o Dan Tallons. Y pensad en la competencia. Su sed universal. Un buen rompecabezas sería atravesar Dublín sin pasar ante un zinc. Imposible que puedan aborrazar baseadamente. Con los borrachos, quizá. Dar tres, quefarse con cinco. ¿Cómo es eso? Veiste ronlas aquí y allá con cuenta gotas. Quizá la venta al por mayor. Doble tráfico con los viajantes de comercio. Redondead para el patrón y cortaremos el balcón entre los dos, ¿eh?

—¿Cuánto puede valer la cerveza en un mes? Pongamos diez barricas de mercancia. Pongamos que obtiene el diez por ciento. ¡Oh, más! Diez. Queque. Pasula ante la escuela municipal de San José. Melopa de los monioetes. Ventanas abiertas. El aire puro favorece la memoria. Al unísono. Abe dig kim opp rat w. ¿Niños? Sí. Inisturk. Inisturk. Inisturk. Inisturk. A su geografía. La Ab. Monte Bloom. (Trad. de E. G. C.)

JAMES JOYCE

El artista adolescente

Traducción de ALONSO DONADO

5 pesetas

Biblioteca Nueva. Lista, 66

MADRID